

detritus que se le aproximan, pero mas leno, amortiguando su acción por la bendita caridad de unas almas de mujer que suplen la orfandad o el abandono ingrato con un amor ideal que, sin ser el que se necesita, conforta y consuela.

En estas decisiones la gente se protege con la ofuscación momentánea, súbita e irreversible, sin posibilidad del arrepentimiento seguro y por eso evita las maniobras activas cuya ejecución precisa mayor volun-

tad. El espíritu rendido busca el no poder volverse atrás, el tránsito fulminante, como supremo desdén o reproche ante la general indiferencia y la injusticia. Y para lograrlo el pozo ha proyectado durante muchos años la sombra lóbrega de su agujero en el pensamiento de las personas abatidas.

SUCEDIDOS

Habían hecho la matanza en casa de Bernardo. Ya sabéis que la madre estaba viuda y tenía a Bernardo, a Paco y a la moza.

Fueron los amigos con Bernardo de zurra y mientras que su madre estaba en casa de la Juliana de Escalona, que era hermana suya -Juliana Ruiz-, para merendar le dieron un tiento a la longaniza que la dejaron temblando.

Cuando subió la madre a la cámara prorrumpió en exclamaciones diciendo que habían robado la matanza.

Bernardo le dijo que él averiguaría quién había sido y a los dos días le explicó que habían sido unos hombres.

—Porque si son mujeres, arguyó, se llevan hasta la sogá para hacer estropajos.

* * *

Otra vez fue al teatro y sacó una entrada de gallinero.

Con ella en el bolsillo le dijo al portero de butacas que iba a pasar a ver a un amigo y se saldría enseguida, pero se sentó con el amigo. Llegó el acomodador, le dió la entrada y al verla le dice:

—Esta entrada es de gallinero.

Bernardo muy serio, exclamó:

—¡Eeeentonces es que me he caído!

Y el acomodador se fue riendo, dejándolo con su amigo.

* * *

Hizo una postura en la ruleta del casino de la Plaza.

Le levantaron un muerto. El que pidió su partida salió corriendo y Bernardo detrás con la mano en el bolsillo. Lo sujetaron diciendo:

—¡Qué vas a hacer, hombre!, creyendo que lo mataría.

Bernardo sacó la mano del bolsillo empuñando el metro y contestó. —Voy a tomarle medida del ataud.